EL LATÍN Y LOS ESTUDIOS LATINOS EN LA OBRA DE ANTONIO TOVAR

Juan Gil
Universidad de Sevilla

This paper deals with the contribution of Antonio Tovar to the studies of Latin Philology and focuses specially on some of his works in very different fields, as the life of Socrates, Virgil, the Latin and Pre-roman languages in Ancient Hispania, the Indoeuropean and the Spanish Humanism and Inquisition.

A los diez años de la muerte de Antonio Tovar se impone hacer una revisión de lo mucho que aportó a las Humanidades en su larga y dilatada carrera[1]. En efecto, no sólo deben traerse a colación las grandes figuras de nuestro Renacimiento para aprender de su ejemplo. También es bueno evocar y rememorar las enseñanzas de los maestros señeros que, casi ayer, se nos fueron para siempre, dejando en nuestros estudios una huella perdurable.

1. La forja de un sabio

Antes de entrar en más hondas disquisiciones filológicas, conviene pararse a considerar los comienzos de la andadura vital –los sueños, dudas y aspiraciones de Antonio Tovar en su juventud–, a través de lo que nos enseña su obra primeriza, la obra gestada, como diría el propio Tovar en

[1] En otro artículo ("Antonio Tovar", *Erytheia*, XX (1999) 9-18) he glosado la trayectoria humana y profesional de Tovar. Quiero advertir contrito y abochornado que no sé qué pícaro duendecillo me indujo a afirmar allí que Tovar había nacido en un pueblecito de Alicante, cuando su ciudad natal fue Valladolid. El uso prolongado de la cátedra tiene estas fatales consecuencias, y uno acaba diciendo tonterías, que merecerían ser castigadas al menos con un sexenio de galeras.

1946[2], "entre el drama español de los últimos quince años, drama transcurrido para el autor en oscuras antinomias personales". De uno de esos desgarros íntimos quiero tratar en primer término, porque me parece fundamental para comprender su personalidad y su evolución científica.

Retrocedamos en el tiempo. Si recordamos que Tovar empezó su carrera en Valladolid bajo la dirección de un profesor tan ilustre como Cayetano de Mergelina, se comprenderá fácilmente que una de sus primeras aficiones fuera la Arqueología. Así –podría decirse– se perfilaba su vocación a la manera de los grandes filólogos alemanes de finales del s. XIX, al estilo de un Wilamowitz, que era capaz de interpretar las ruinas de la Antigüedad y al mismo tiempo sabía descifrar los textos, arrancándoles su secreto muchas veces en combinación con los nuevos descubrimientos arqueológicos. Fruto de esta afición de Tovar, nunca desmentida, fue su traducción de la obra de Pausanias: peldaño previo e indispensable para comprender, de la mano del Baedeker griego, los monumentos, la religión y los ritos y ceremonias de la Hélade. Incluso en la obra lingüística de Tovar no es difícil reconocer el afán por casar los datos de la Arqueología con los resultados de la Lingüística, encajando armónicamente las diferentes piezas del complejísimo rompecabezas cultural: ese interés salta a la vista, p. e., en sus primeros estudios sobre el ibérico y el celtibérico o en sus trabajos más tardíos sobre el protogermánico y el protoeuropeo.

¿Creemos haber descubierto un arqueólogo en ciernes? Quien así pensara se llevaría un gran chasco, pues al joven Tovar lo atrajo la Arqueología, pero también muchas cosas más. Fue, asimismo, un poeta que rendía homenaje a la Srta. Palamás en Atenas, que escribía versos en el golfo Sarónico, que sentía temblar las ruinas de Olimpia al atardecer, que al contemplar la necrópolis de Carmona, echada al pie del alcor milenario, cantaba:

Oídos de la tierra hacia afuera.
Te oigo, tierra, latir como un seno joven.
Sobre lo muerto, vida siempre verde.
Perro, escucha: ¿por qué tú indiferente?
Almendros, pitas y nogales. Y almendros.
Tumbas, ojos de la oscuridad, oídos
tendidos –¿hacia dónde?–
Sobre la muerte, vida verde. Y una roja amapola[3].

---

[2] *Vida de Sócrates,* Madrid, 1947, p. 18 (el prólogo fue escrito en noviembre de 1946).

[3] *En el primer giro (Estudios sobre la Antigüedad,* Espasa-Calpe, Madrid, 1941, p. 34 (allí también las otras poesías).

Fue el joven Tovar –bien se ve– un lector apasionado de Juan Ramón Jiménez. Sin embargo, no fue un poeta, sino un pensador/poeta quien más influyó en él, como en todos los universitarios de entonces: Unamuno, el Presidente de honor de la recién nacida Liga Hispanohelénica, en cuya voz, al decir del joven sabio, resonaba un "grave trémolo metafísico"[4]. D. Miguel dejó en su ánimo una impronta indeleble: "al modo unamunesco y español", llegó a afirmar Tovar con hiperbólica identificación en 1934[5]. Después –o al tiempo– vino la no menos marcada influencia de Ortega. Muy significativamente, sin embargo, Tovar intentó conjugar en un primer momento las posturas antagónicas de ambos pensadores. Su *Vida de Sócrates,* que salió a la luz en 1947, y de manera muy significativa en la Revista de Occidente, fue un libro, como él mismo señaló en su prólogo, "demasiado actual, demasiado moderno" (Ortega clarísimamente), pero también "lleno de ambición personal, libre de erudición despersonalizada", montado sobre un "sistema... arbitrario" (Unamuno puro). Y más unamunianamente todavía aclaraba: "Es posible que escribir para nuestro mundo español sea aún lícito de esta manera amplia, romántica, si me atrevo a decirlo". Como desdiciéndose, nuestro presunto transgresor de los usos europeos definió su *Vida de Sócrates* como "libro de un gramático". Pero, ¿es que un gramático puede tener la osadía de sostener que "la racionalización es fatal"? Ahí está la gran contradicción, la profunda "antinomia personal": al mismo tiempo que, practicando una Filología "romántica" a su manera, se atrevía a entender a Sócrates como el hombre enraizado en *su* sociedad que había preferido la hoguera a la excomunión, Tovar, ya catedrático en Salamanca, no vaciló en proclamar, como excusándose de su traición espiritual ante Unamuno: "D. Miguel, aquí me ve usted cargado de libros de ciencia. Sueño con inculcar a mis discípulos el método y el rigor. Querría que hubiera en Salamanca una escuela como las hay y las ha habido por esas históricas Universidades de Europa"[6]. Ahora bien, ¿cómo es posible combinar método con romanticismo, rigor con arbitrariedad? Era inevitable hacer una elección y salir de una vez por todas esa "antinomia personal". Como se ve, al drama político general –y hay que reconocer que Tovar fue u

[4] *En el primer giro,* p. 14. En ese mismo libro (p. 22) se recuerda una jugosa anécdota. Palamás confesó a Unamuno que los griegos modernos en nada se parecían a Pericles y a Tucídides, sino que eran gitanos; y D. Miguel le respondió que los españoles no éramos europeos, sino africanos.

[5] *En el primer giro,* p. 33.

[6] Muy oportunamente recordó estas frases de Tovar, vertidas en un artículo periodístico de 1946, T. Santander ("Antonio Tovar: Bibliografía y recuerdos (1911-1985)", *Studia indogermanica et palaeohispanica in honorem A. Tovar et L. Michelena,* Salamanca, 1990, 11).

político, pero un político poco domesticado y canónico para lo que se usaba entonces[7]– se había añadido un drama científico personal.

Por ironías del destino, fue en aquella Salamanca transida de Unamuno hasta el tuétano donde el sabio tomó la decisión definitiva y eligió su vocación última: allí renunció a su vena poética, puso freno a su romanticismo y se consagró en cuerpo y alma a hacer ciencia pura y dura: no ya para consumo interno de España, sino para uso universal. Una gran ganancia para todos, sin duda, pero también un sacrificio personal doloroso.

La antinomia quedó resuelta. Sin embargo, debajo de la costra severa, en su intimidad, Antonio Tovar siguió siendo durante toda su vida el ingenuo romántico, el soñador incorregible de su juventud, y eso que ya entonces, en 1946, llevaba, como decía en la *Vida de Sócrates,* "muchas angustias contemporáneas a cuestas".

2. Tovar, filólogo latino

El sabio hizo su elección. Bien. Es llegada la hora de examinar algunos de sus frutos, ciñéndonos por el momento al campo de la Filología latina. En efecto, Tovar, que de primera profesión oficial –y tuvo no pocas– fue latinista, permaneció siempre fiel a sus orígenes y dedicó buena parte de su infatigable energía a debatir problemas relativos a la lengua del Lacio, y ello desde su primer libro hasta su discurso de ingreso en la Academia matritense de la Lengua: dedicación prolongada, como se ve, y desde luego nada baladí. Pero comencemos por donde menos se conoce su figura, dejando siempre que sean sus propios logros quienes hablen.

Fue Antonio Tovar un científico desconcertante y de intereses tan polifacéticos como imprevisibles por lo versátil de sus conocimientos y su asombrosa rapidez en asimilar novedades. En 1936, después de cuatro años de dedicación casi exclusiva a la Arqueología –así parecían demostrarlo los numerosos artículos y reseñas publicados sobre el particular–, repentinamente se descolgó con un volumen tan precioso como inesperado, la edición anotada de las *Églogas* de Virgilio que todavía llegó a publicar la Junta de Ampliación de Estudios, desmantelada tras la guerra civil. Como por arte de birlibirloque había nacido un excelente latinista, igual que después habría de aparecer casi de la noche a la mañana un excelente indoeuropeísta, un vascólogo eminente o un estupendo estudioso de las lenguas amerindias. Pero volvamos a lo nuestro: desde el padre La Cerda no ha-

[7] Es muy curioso ver cómo interpretó Tovar la fórmula falangista "por el Imperio hacia Dios" en el terreno de la cultura: "imperialmente, es decir, sin intermediarios" (*En el primer giro,* p. 10).

bía aparecido en España ningún estudio virgiliano que se pudiera comparar en rigor, exhaustividad y exactitud con este libro pequeño sólo de formato. Su enorme valor radicaba no sólo en que estaba al día de toda la bibliografía pertinente, sino en que podía resistir la comparación con los mejores comentarios extranjeros del momento. Es evidente que tomar la pluma para escribir sobre Virgilio en el s. XX puede ser tarea ociosa o cuando menos parecer una osadía, cosas las dos quizá reprobables a ojos de algún dómine cascarrabias; pero en este caso la osadía, si lo era, no resultaba ociosa en modo alguno.

En primer lugar, el flamante latinista rescató y defendió algunas lecturas de interés frente a la moda imperante: así, en III 102 se inclinó por un *his* dat. (así Clausen) en vez de un nom. arcaizante (conservado por Donato y aceptado por Sabbadini, Coleman; *hi* Stephanus, Hirtzel); en el verso disputadísimo IV 62 eligió con buenas razones las variantes *qui* (así también Hirtzel, Coleman, Clausen) y *parentes* frente al *cui/quoi* de la mayoría de los editores (Sabbadini) y la conjetura *parenti* de Schrader (admitida entonces por Hirtzel, Carcopino y hoy por Coleman, Clausen); y debo añadir que su exégesis del pasaje en cuestión es más rica, matizada y profunda que la de los editores más recientes.

En segundo término Tovar, con la amplitud de miras que lo caracterizó desde un principio, hizo algo de lo más novedoso entonces: consultar pacientemente los comentarios de nuestros humanistas a fin de espigar en ellos lo más granado e instructivo para el estudioso español: en sus notas aparece con frecuencia el nombre de J. L. Vives[8], especialmente con referencia a sus interpretaciones alegóricas, así como el de J. L. de la Cerda[9]. Puesto a criticar, sólo echaría de menos en ellas una alusión siquiera de pasada al Brocense, aunque triste es reconocer el escaso valor que encierra por lo general la aportación del gran gramático a las *Églogas:* en realidad, no pasan de ser unas notas preparatorias. La penetrante mirada de Tovar escudriñó también las traducciones de nuestros poetas, sobre todo, y como es lógico, la de fray Luis de León[10], y su interés se extendió a los imitadores castellanos; reconforta y sorprende gratamente ver citado en el comentario paralelos tomados de las *Églogas* de Garcilaso[11], la *Camila* de

[8] *Cf.* I 3; II 34; V 1, 20, 52, 56; VI 31, 47; VII 6; VIII 39; X 2, 9, 72.

[9] I 34, 37, 41, 70, 73; II 49; III 7, 52, 64, 90; V 17, 40, 55, 72; VII 6, 31; VIII 58.

[10] I 55, 78; II 9; III 67; V 3, 7, 15, 17, 19, 77; VI 31, 75; VII 42; VIII 16; X 8, 20, 25.

[11] *Cf.* I 83 (= I 407 ss.), II 21 (= I 189 ss.), II 25 (= I 175 ss.), II 67 (= I 408 ss.), V 21 (= II 827 ss.), V 24 (= II 506 ss.), V 28 (= II 506 ss.), V 34 (= I 296 ss.), VI 6 (= I 7 ss. y III 33 ss.), VI 26 (= I 199 ss.), VII 4 (= III 299 ss.), VII 37 (= III 305 ss.), VII 57 (= III 345 ss.), VII 61 (= III 353 ss.), VII 65 (= III 361 ss.), VIII 1 (= I 1 ss.), VIII 6 (= I 7 ss.), VIII 62 (= I 235 ss.), VIII 69 (= II 1083), IX 15 (= I 109 ss.) y X 31 (= II 528 ss.).

Lope de Rueda[12], las *Églogas* de Herrera[13] o el *Polifemo* de Góngora[14]: que la incipiente veneración por Góngora de D. Alonso comenzaba a compensar el garcilasismo de la generación del 29. Ahora bien, este respeto y estima por la exégesis de nuestros humanistas y los ecos virgilianos en la poesía del Siglo de Oro español, que hoy se dan por descontados y hasta por inexcusables, constituían entonces una excepción áurea, dotada además de afanes tesoneros de perduración: no en vano inauguró Tovar con M. de la Pinta Llorente una colección de *Documentos para la Historia del Humanismo español,* en la que editó procesos inquisitoriales de famosos gramáticos y hebraístas. Por último, cerraba la edición virgiliana un breve estudio de nueve códices tardíos, tres de la Biblioteca Nacional de Madrid y seis de El Escorial, de los que se ofrecía en apéndice una selección de variantes, de poca importancia como era de esperar. En suma, todo un programa filológico puesto en práctica. Se trataba, sin duda alguna, de un logro admirable, y más aún teniendo en cuenta la edad de su autor: veinticinco años. Es de lamentar, en consecuencia, que tan singular volumen no alcanzara la consideración que merecía dentro de España, quizá por haberse publicado en plena guerra civil. Tampoco tuvo el eco debido en el extranjero; y huelga decir que ni siquiera lo citan las ediciones más recientes de Coleman[15] y Clausen, pues sabido es que los admirables *scholars* anglosajones prescinden normalmente de cuanto no se haya escrito para su consumo particular[16].

Después de este espectacular *début* en la Filología latina pasaron algunos años en los que el interés de Tovar pareció desviarse hacia otros temas que no eran los estrictamente encuadrados en la Filología latina: el griego, las lenguas prerromanas y su relación con el indoeuropeo (1946) o las lenguas amerindias a partir de su estancia en Tucumán (1958). Pero si el campo de estudios se iba diversificando más y más, la Antigüedad clásica no dejó nunca de ser una especie de hogar al que Tovar volvía siempre para descansar de los fatigosos viajes peregrinos. La pasión por los manuscritos, aprendida en la escuela de A. Dain, lo impulsó a husmear en los viejos fondos de la Biblioteca Universitaria de Salamanca, donde su curiosidad se vio recompensada con felices hallazgos: notabilísimo fue su redescubrimiento, en un manuscrito que perteneció a Hernán Núñez de

---

[12] *Cf.* III 108.

[13] *Cf.* VII 29.

[14] *Cf.* VI 2 y VII 361 ss.

[15] En la que sorprenden no poco algunas grafías como *diuissos* (I 66), *caussa* (III 102) *aecum* (V 4; así también Sabbadini).

[16] Sobre las *Eglogas* volvió Tovar al hacer la reseña de E. A. Schmidt, *Zur Chronologie der Eklogen Vergils,* Heidelberg, 1974 en *Emerita,* XLV (1977) 216 ss.

Guzmán, el Pinciano (cód. 295), de variantes tomadas de un códice "antiquísimo" de Teócrito, a su juicio el perdido B, base de las ediciones de Junta y Caliergis[17], identificación que dio origen a una vivaz polémica con C. Gallavotti[18]. Asimismo gracias a Tovar se tuvo noticia plena de tres manuscritos propercianos, uno de los cuales, el ms. 86, data del s. XIV, fecha no desdeñable dado lo tardío de la tradición. El entusiasmo del descubridor por su descubrimiento fue aquí demasiado lejos, pues no convencen algunas defensas –apasionadas pero siempre inteligentes– de las lecturas que presenta el códice salmantino, como *ne* (por *nec*) en IV 11, 55 y *fortis* (por *sortis*) en IV 4, 94[19]. Fruto de esta familiaridad con Propercio fue una edición del poeta[20] y dos artículos exegéticos más dedicados al poeta de Asís[21]. En la edición, menos innovadora, del *Orador* ciceroniano Tovar y Aurelio A. Bujaldón colacionaron asimismo un manuscrito de Barcelona (Biblioteca de la Universidad, 12), para reconstruir con él y con las variantes de otros tres códices el perdido Laudensis[22].

Los nuevos intereses de Tovar por lo prerromano lo condujeron a hollar caminos poco transitados por los filólogos clásicos españoles. Un autor como Plinio el Viejo, básico para el conocimiento de la Hispania antigua, parecía coto cerrado de los historiadores. Sin embargo, su manejo y dominio era imprescindible incluso para resolver las abstrusas cuestiones lingüísticas que sobre el celta hispano se estaba planteando el buen latinista de Salamanca. Había que romper fronteras. Y así, mientras en 1946 ponía los cimientos de la interpretación del celtibérico, Tovar hacía la propuesta de que hubiera una interpolación *(traditur... appellata)* en Plinio VI 36, 199 ss., hipótesis que suprime la incómoda mención a la Atlántida, única en toda la obra del polígrafo[23]; o bien anotaba jubilosamente que el testimonio de una inscripción permitía corregir en III 10 *Baedro* por el *Baebro* de la vulgata pliniana[24]. La pasión por la Hispania prerromana, esa ro-

---

[17] "Fernán Núñez de Guzmán sobre el códice B de los bucólicos griegos", *Emerita*, XIII (1945) 41 ss.

[18] *Theocritus quique feruntur bucolici Graeci*, Roma, 1955, p. 310 ss. y LXXV-VI; Tovar, "Aún sobre el texto de los Bucólicos (Apostillas a la edición romana de Gallavotti"), *Anales de Filología clásica*, IV (1949) 15 ss.

[19] "Oratoria en la poesía de Propercio (IV 11, 55, con una nota a IV 4, 94)", *Homenaje a Jaime Vicens Vives*, Barcelona, 1965, I, p. 183 ss.

[20] *Propercio. Elegías*, Barcelona, 1963 (en colaboración con María T. Belfiore).

[21] "Deux notes sur Properce", *Hommages à Léon Herrmann*, Bruselas-Berchem, 1960, p. 728 ss.; "Notes on the Text of Propertius", *CPh* LIX (1964) 34 ss.

[22] *Cf.* Introducción a la edición, pp. XXIII y XXV (20 edición, Madrid, 1992).

[23] *Emerita*, XIV (1946) 154 ss.

[24] "Baedro (y no Baebro) en Plinio y Epigrafía de la región de los Pedroches", *Zephyrus*, XIII (1962) 105 ss.

busta matrona que entonces revelaba con cierta coquetería secretos de su niñez, hizo concebir a Tovar un proyecto ambiciosísimo: la reedición del volumen II del *CIL*. La idea y el trabajo se malogró, por más que algunos discípulos, entre los que quiero citar expresamente a M.ª Lourdes Albertos, se esforzaran con empeño en seguir las directrices del maestro. Fue precisamente su dominio de la Epigrafía lo que le permitió a Tovar andando el tiempo revisar los ejemplos, raros, de diptongación de breves en las inscripciones tardorromanas[25]; pero no vayamos demasiado deprisa.

El estudio de la Antigüedad clásica, por mucha inteligencia que se tenga, sólo es posible hoy por hoy si se dispone de buenas bibliotecas, que quizá pueda ahorrar en un futuro la Informática. Mas en la indigencia de libros nunca se sabe si la idea brillante que uno tiene se le ocurrió ya antes a otro o a muchos más; y aun en el caso de disponer de buenos fondos, ¿quién es el guapo que se lee todo cuanto se ha escrito o escribe?, ¿quién puede presumir de estar al día en todos los campos de la Latinidad? Las deficiencias de nuestras cátedras y departamentos, así como una curiosidad siempre viva y quizá también un sentimiento de rebeldía ante el rígido encorsetamiento de los clasicistas hicieron que Tovar se fuera alejando del quehacer cotidiano de la Filología latina propiamente dicha. Una de sus últimas aportaciones a este campo fue una jugosa interpretación del término *sextariolus:* sería un 'papiro de pequeño formato, malo y grueso', en el que Augusto, burlándose, ordenó que escribiera sus pequeños poemas el chiquitito y gordinflón Horacio, que le acababa de enviar una de sus *Epístolas;* pero esta interpretación eruditísima se había gestado en los *open shelves* de la biblioteca de Urbana (Illinois), compuesta entonces de cuatro millones de volúmenes entre los que figuraban las bibliotecas privadas de Gröber, Vahlen y Dittenberger[26]; ni en Salamanca –ni en Madrid– ello hubiera sido posible.

3. Tovar, lingüista. La herencia del historicismo

El curso de sus *Lehr-* y *Wanderjahre* había dado a Tovar una muy sólida formación en Gramática comparada: en el Centro de Estudios Históricos de Madrid se había iniciado en esta ciencia con G. Bonfante, a quien él siempre consideró como su "maestro"; después, en París y en Berlín ha-

[25] "Estado latente en latín vulgar: ¿cuándo se inicia la diptongación de breves?", *Estudios ofrecidos a Alarcos Llorach*, Oviedo, 1977, I, p. 241 ss. Me permito ser más cauto que Tovar en el caso del *habiendus* de la *Crónica Mozárabe;* puede mostrar una diptongación, pero también ser analógico de *audiendus*, etcétera.

[26] De ella se acordó con admiración Tovar al pronunciar el *Antrittsrede* en la Academia de Heidelberg (*Jahrbuch der Heidelberger Akademie der Wissenschaften,* 1975, p. 47).

bía oído las lecciones de E. Benveniste y de E. Schwyzer respectivamente. Por tanto, no es de extrañar que acabara por atraer a Tovar de manera poderosísima el formidable prestigio de la Lingüística indoeuropea, avivado por el gratificante resultado que le estaban dando los estudios emprendidos sobre el celtibérico.

De esta cuidada preparación nació uno de los primeros libros que el joven maestro escribió pensando en sus alumnos de Salamanca, deseoso de poner en sus manos un manual moderno y fiable: la *Gramática histórica latina* (Madrid, 1946), que M. Niedermann[27] no vaciló en calificar de "exposé sobre, lucide, solidement documenté et judicieusement dosé". Así era en efecto: el núcleo de la exposición seguía los criterios de Hoffmann (1928), remozados y puestos al día, si bien se incorporaba cuando ello era preciso la doctrina de Wackernagel (1926 y 1928), Havers (1931) o Norberg (1943). Con todo, otra vez la fortuna zicatera no quiso sonreír a un libro excelente en su género, quizá por acoplarse mejor a la rígida horma alemana que a los criterios franceses; o tal vez por su descarnada renuncia a toda veleidad de innovación radical, renuncia expuesta con demasiada crudeza para los remilgos académicos: Tovar fue siempre poco diplomático.

Un problema a caballo entre la Sintaxis y la Morfología mereció por aquel entonces un estudio detenido por parte de nuestro autor: la especial relación del sustantivo y del adjetivo en latín, bien patente en concordancias (loc. *domi nostrae*), asimilación de desinencias *(primulo diluculo, anulla Fabulla),* la construcción *ante diem septimum Kalendas Maias* (a partir de un *die septimo ante Kalendas Maias*), el gerundivo, derivado del gerundio (y no al revés, como creían por el testimonio del itálico Brugmann, Delbrück, Lindsay, Leumann, etc.) o el uso del concreto por el abstracto (el tipo *Sicilia capta*); y al defender la prioridad cronológica del gerundio, más frecuente en latín arcaico que el gerundivo, se adhirió explícitamente Tovar, siempre a la última, a las teorías de Devoto y Ribezzo que negaban la existencia de un itálico común: la formación del gerundivo pertenecería al período de convivencia (no de comunidad originaria) del latín y las lenguas itálicas[28].

Por aquel entonces, y muy a tono con las directrices del momento (tan proclive a escudriñar los oscuros problemas genéticos que discutían libros como los *Origines de la formation de noms en indoeuropéen* de Benveniste o *Der Ursprung der idg. Deklination* de Specht), tentó también a nuestro latinista, ya encarrilado por la Gramática comparada, el campo de la Mor-

[27] *Emerita,* XIV (1946) 395.

[28] "El gerundio y la relación entre sustantivo y adjetivo", *AFC,* V (1950-1952) 49 ss.

fología. En primer lugar llamó Tovar la atención sobre algunos curiosos casos de aglutinación en las lenguas indoeuropeas, especialmente en itálico (osco *húrtín Kerríiín,* umbr. *vapefem aviekufle*) y en báltico (lit. *rankon/rankosna* ac.sing./ac. pl. respectivamente)[29]. Vino después su ingeniosa interpretación de la enigmática terminación que tienen los pronombres latinos en genitivo singular[30]: la desinencia original en *-i* (el tipo *isti-modi*) habría sido hipercaracterizada después con el genitivo nominal en *-os;* en apoyo de su teoría adujo Tovar una rica colección de ejemplos de hipercaracterización en Morfología, ampliando y desarrollando una observación de Meillet sobre "la tendencia del latín a marcar fuertemente lo que quiere decir" (gen. *Pescinae-s,* nom. pl. *magistrei-s,* dat. *quoi-ei,* formas verbales como *da-n-unt* y *esse-re*).

Relativamente tarde y con cierta cautela abordó Tovar el campo de la Etimología latina, sin salirse tampoco de los cauces tradicionales de la Gramática comparada. Y así propuso que *seruus,* en la misma relación con *seruare* que *aruus* con *arare,* significara 'guardado (de la muerte después de la batalla)', 'salvado'[31]; o abogó por la identidad de *celeber* y *creber*[32], si bien esa dualidad en el tratamiento fonético me parezca más propia del griego que del latín. A propósito dejo para el final su aportación más notable al campo de la Etimología latina: el haber apuntalado una vieja intuición de G. Kaibel, demostrando la estrecha relación que tenían los vientos (y sus nombres) con las aves de presa: como *aquilo* deriva de *aquila, uulturnus* (nuestro 'bochorno') proviene de *uultur* 'buitre' y *circius* de un adjetivo *kírkios* (formado sobre *kírkos* 'halcón'); también una glosa de Hesiquio indica que los etruscos daban el mismo nombre *(antar/andas)* al águila y al viento del Norte[33].

Disfrutó Tovar de lo lindo cuando sus lecturas le hacían descubrir recónditas palabras vascas en los textos medievales latinos: apenas habíamos publicado D. Catalán y yo los *Rithmi de Iulia Romula* cuando Tovar advirtió que en él aparecía la palabra *buruca,* 'lucha agarrándose por los pelos', lucha en verdad horripilante; y no dejó de señalar que el vocablo, por cierto, tenía acento esdrújulo en el s. XIII[34].

---

[29] "Sobre ciertas anomalías en la flexión nominal indoeuropea", *Emerita,* IX (1941) 163 ss.

[30] "Los genitivos en *-ius*", *Humanitas,* I (1947) 17 ss.

[31] "*Seruus,* ein indogermanisches Wort", *Sprache und Geschichte. Festschrift für Harri Maier,* Munich, 1971, p. 557 ss.

[32] "Etimología de lat. *celeber* y *celebro* en Pacuvio", *Lengua, Literatura y Folklore. Estudios dedicados a Rodolfo Oroz,* Universidad de Chile, 1867, p. 495 ss.

[33] "Vientos y aves de presa: *aquilo, circius, volturnus*", *AFC* VI (1953) 239 ss.

[34] "Un antiguo vasquismo y una etimología: *buruka, boruca*", *Anuario del Seminario de Filología Vasca "Julio de Urquijo",* V (1971) 73 ss.

4. Lenguas en contacto: los efectos del sustrato

Maiora canamus. El estudio de la Hispania antigua llevó a Tovar a preocuparse por la evolución de las lenguas prerromanas, su coexistencia y pugna con el latín y su pervivencia (el caso del vasco) o su progresiva extinción (ibérico y céltico). Muy pronto (quizá a consecuencia de haber vivido de niño en el Levante catalán y en el País vasco) se manifestó su interés por la convivencia y el bilingüismo. Y así puso de manifiesto amorosamente los resultados de tal convivencia, que en la Hispania antigua se plasmó en el uso promiscuo del genitivo pl. en *-um* y en *-orum,* celta el primero y romano el segundo: al doblete *Medutticum/Medutticorum* en Hispania correspondía un *Augusta Vindelicum* antes que *Vindelicorum* (= Augsburg) en Germania; o que dio origen a formaciones híbridas como *Olcairun* o *Pompaelo, (*Pompa-irun)* 'Pompeyópolis'[35]. Pero más pronto todavía, con precocidad que asombra, toda esta complejísima problemática forzó a Tovar a plantearse una cuestión de índole más general: la evolución del latín vulgar y su paulatina diferenciación en variedades locales.

En fecha tan temprana como 1948 publicó Tovar su estudio verdaderamente clásico sobre la sonorización de las sordas intervocálicas: el estudio de los volúmenes II, V, VII, XII y XIII del *CIL* le permitió en primer lugar fechar en época muy antigua la lenición céltica y en segundo término achacar a sustrato céltico dicha sonorización, que afecta al N.O de Hispania (quedando libres el S. y el E.), Britania, Italia del N., Francia y Panonia[36]. Lingüistas tan eminentes como W. von Wartburg, R. Menéndez Pidal[37] y G. Devoto se apresuraron a aceptar una teoría expuesta con insólita brillantez y todo lujo de datos; y a las mismas conclusiones llegó con independencia y por otros caminos A. Martinet. No obstante, fuerza es que haya un Santo Tomás que niegue la evidencia; algún escéptico a ultranza negó ya la tesis de Tovar y alguno más la negará en el futuro por los vaivenes caprichosos de la ciencia que, producto de hombres al fin y al cabo, se mueve al estímulo de acciones y reacciones imprevisibles y no siempre de carácter científico. A la infección céltica atribuyó también Tovar una serie de cambios vocálicos extraños atestiguados en inscripciones

[35] "El nombre de Pamplona", *Fontes linguae Vasconum,* IX (1977) 5 ss.

[36] "La sonorización y caída de las intervocálicas y los estratos indoeuropeos en Hispania", *BRAE,* XXVIII (1948) 265 ss. = *REL* XXIX (1951) 102 ss.; *Homenaje a Fritz Krüger,* Mendoza, 1952, I, p. 8 ss.; "Sustratos hispánicos, y la inflexión románica en relación con la infección céltica" *Actas y memorias del VII congreso internacional de Lingüística románica,* Barcelona, 1955, II, p. 387 ss.; "A Research Report on Vulgar Latin and its Local Variations", *Kratylos,* IX (1964) 123-27.

[37] *Orígenes del español,* Madrid, 1950³, p. 257.

latinas; y este mismo fenómeno, a su juicio, es el que podría dar cuenta en romance de la llamada inflexión[38].

El sustrato, en definitiva, ese "resto flotante" de lenguas desaparecidas[39], fue el valioso medio de que se sirvió Tovar para aunar en un estudio común el latín, el celtibérico, el vasco y el romance, y ello no sólo en explicación de fenómenos fonéticos, sino también en búsqueda de etimologías. En Hispania, según Quintiliano (I 5, 57), *gurdus* equivalía a *stolidus;* se trata de una palabra celtibérica emparentada con *brutus* y *bardus,* conservada en cast. 'gordo', fr. 'gourd'[40]. En el bronce de Botorrita aparece *boustom;* pues bien, el significado ('lugar de bueyes', 'establo') lo fija la pervivencia de la misma palabra en el léxico hispano medieval.

Especial atención dedicó Tovar al vocabulario procedente del sustrato occidental de Europa, ese sustrato postulado por Pokorny para explicar fenómenos extravagantes del céltico[41]: enigmáticas palabras culturales como vasco *izar* 'estrella', que habría que comparar con la diosa *Istar* sumeria y con la raíz *(s)ter-* i.e.[42]; el germ. balt.-esl. *silber,* celtib. *silabur* 'plata', idéntico al vasco *zil(h)ar*[43]; *minium,* 'minio', emparentado con el río *Minius,* 'Miño' (igual que *sil,* 'ocre', con el río *Sil),* orónimo a su vez relacionado con la forma romance *mina*[44]; o el sufijo *-ko,* desconocido en hitita, que podría haber llegado al indoeuropeo a través de este sustrato occidental[45].

5. Sustrato, Geografía lingüística y diacronía

D. Ramón Menéndez Pidal insistió repetidamente en las consecuencias lingüísticas que hay que atribuir a dos factores capitales: el *tempo* y los agentes de la romanización. En efecto, la colonización de Hispania, muy temprana, fue llevada a cabo en buena parte por itálicos, es decir, por hombres cuya lengua nativa no era el latín. Secuela de este sustrato osco-

---

38 "Sustratos hispánicos", p. 394 ss.; *Enciclopedia lingüística hispánica,* II, p. 394 ss.; "A Research Report", pp. 127-28.

39 Es expresión del propio Tovar en "Problemas de la Prehistoria y de la Etnología vascas", *IV Symposium de la Prehistoria Peninsular,* Pamplona, 1966, p. 288.

40 "Notas etimológicas", *Homenaje a García de Diego,* Madrid, 1976, p. 560 ss.

41 *Cf.* Tovar, "L'indoeuropeo e la teoria del sostrato: uno sguardo panoramico", *Le lingue dell'Europa. Atti del V Convegno internazionale di linguisti,* Brescia, 1972, p. 120 ss.

42 "Carta etimológica sobre vasc. *izar* 'estrella' y la diosa Istar", *Homenaje a Xavier Zubiri,* Madrid, 1970, p. 687 ss.

43 *Indo-european and Indo-Europeans,* Philadelphia, 1970.

44 La raíz indicaría primero el color, luego el mineral ("Lat. *Minium,* rom. *mina* und das westliche Substrat", *Beiträge zur indogermanistik und Keltologie Julius Pokorny zum 80. Geburtstag gewidmet,* Innsbruck, 1967, p. 107 ss.).

45 *Archivio glottologico italiano,* XXXIX () 56 ss.

umbro es a su juicio un fenómeno como la rara asimilación progresiva *-nd-> -nn-*, *-mb-> -mm-*, *-ld->-ll-* o la palatalización de la *l-*[46]. Fácil es de suponer la huella que tales enseñanzas causaron en Tovar, que siempre fue un hombre respetuoso con la doctrina de los maestros: en vez de romper airadamente con ellos o negarlos, como es costumbre de los discípulos peor dotados, gustaba de seguir sus pasos y avanzar, superándolas, por las directrices que ellos habían indicado: baste recordar cómo desarrolló teorías de J. Pokorny y H. Krahe. Pues bien, en este caso en concreto el mérito de Tovar estribó en haber comprendido las inmensas posibilidades que ofrecía el estudio de la romanización. Como factores determinantes de la relación de lenguas en un territorio colonizado Tovar[47] señaló tres en especial: a) el nivel de literalidad alcanzado por la lengua de los colonizadores y la lengua de los nativos; b) la manera de introducirse la lengua nueva (conquista militar, entrada amistosa, colonización mercantil, expansión de una religión, etc.); y c) los contactos culturales entre los hablantes de las dos lenguas, que puede conducir a una nivelación entre ambas.

En el caso de la romanización de Hispania la gran originalidad de Tovar, fruto a mi juicio de su estancia en América, fue que, abandonando el campo de los dialectalismos, prefirió rastrear las huellas lingüísticas dejadas por las primeras generaciones de colonos romanos. No podía ser menos si, entre aculturación e inculturación, había ido surgiendo "el germen primero de la futura romanidad peninsular"[48], romanidad por ende más arcaica que la del resto de las provincias que, salvo Sicilia, fueron conquistadas con posterioridad. Y estos rasgos característicos del latín hispano aparecen con mayor nitidez y evidencia en escritores de época preclásica que estuvieron en Hispania que en los propios escritores que nacieron en ella, de la misma manera que se encuentran más "americanismos" en los primeros cronistas de Indias que en los propios autores criollos.

El control de los peculiaridades locales de la lengua latina (no dialectales) se nos escapa en el caso de la Fonética y la Morfología. Por fortuna, no ocurre lo mismo con el vocabulario que, como enseñó Bartoli, se renueva más aprisa en el centro que en la periferia: luego es el vocabulario de los primeros conquistadores el que marca la pauta, como ya había intuido el gran romanista Gröber. En efecto, no era un secreto para nadie que el romance peninsular, como perteneciente a un "área lateral", con-

---

[46] *Orígenes*, p. 286 ss.

[47] "L'indoeuropeo e la teoria del sostrato", p. 111.

[48] Sobre este tema es fundamental su discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua (*Latín de Hispania: aspectos léxicos de la romanización*, Madrid, 1968). *Cf.* asimismo *Die Sprachen im römischen Reich der Kaiserzeit*, Beihefte der Bonner Jahrbücher, XL, 1980, p. 331 ss.

servaba una serie de arcaísmos léxicos muy notables (verbos como *comer, hablar, heder, ir, oír, preguntar;* sustantivos como *madera, mesa, mujer, trigo;* adjetivos como *ciego, enfermo, feo, malo*). El acierto de Tovar fue, en primer lugar, introducir un mayor rigor metodológico, al estudiar la lengua por cortes diacrónicos; y, en segundo lugar, invocar el testimonio de los escritores coetáneos a la romanización que pisaron suelo hispano. Repasemos, pues, a esta luz los nuevos e importantes hallazgos realizados por Tovar, los que él llamó con modestia "incidentes léxicos". En la obra de Catón, representante de la primera generación de colonos, aparecen sobre todo tecnicismos del campo, como era de esperar a fin de cuentas al ser la obra del Censor conservada un compendio de agricultura: *eruncare* ('quitar i.e. las malas hierbas') 'arrancar', *labrum* (cf. 'lebrillo'), *lacerare* cast. ant. 'lazrar', *materia* 'madera', *mustaceus* 'mostachón', *pocillum* 'pocillo', *trapetum* 'trapiche', *ueruactum* 'barbecho'[49]. La lengua de Lucilio, que acompañó a Escipión Emiliano, nos da a conocer palabras típicas de la soldadesca veterana que combatió en Celtiberia: *baro* ('ganapán') 'varón', *comedo* 'comilón', *gumia* ('tragón', cf. umbr. *gomia* 'preñada') 'gomia', *demagis* 'demás', *passus* ('arrugado') 'paso', *rostrum* ('jeta') 'rostro'[50]. Varrón, testigo de la plena romanización de Hispania, usa *capitium* 'cabeza', *columellares (dentes)* 'colmillos' (de <*columelli*), *focilare* (cf. 'refocilar'), *piscatus* 'pescado', además de *rostrum* y *comedo* (pero ya no *labrum, pocillum* o *mustacei*) y, a fuer de curioso lingüista, pone etiqueta de hispánicos a una serie de vocablos como *bacca* 'vino', *cuniculus* 'conejo' y *cenaculum* 'comedor' (anticuado ya en tiempo de Varrón y sólo usado en esta acepción en Córdoba, Lanuvio, el resto del Lacio y Falerios)[51]. El romance hispano atestigua asimismo la pervivencia de arcaísmos como *barritus* (el 'barrido' del elefante, animal que las tropas cartaginesas trajeron muy pronto a Hispania) 'berrido' (que no provendría entonces, como se cree generalmente, de *uerres*), *callum* 'callo', *campsare* 'cansar', *cuius* 'cuyo', *fartus* (part. de *farcio;* más reciente *farsus*) 'harto', *Lucanica* 'longaniza', *nata* 'nada', el doblete *ningulus/singulus* 'ninguno'/'sendos', *perna* ('muslo i.e. de animal') 'pierna', *sarrare* 'cerrar' (previa restitución en Nevio de la forma *sarrare* [que Varrón ponía en relación con *sera* 'tranca'], corregida en *sar-*

[49] "Catón y el latín de España", *Philologische Studien f:ur Joseph M. Piel,* Heidelberg, 1969, p. 201 ss.

[50] *Cf.* "Lucilio y el latín de España", *Studi linguistici in onore di Vittore Pisani,* Brescia, p. 1019 ss.

[51] *Cf.* en el artículo "Implantación y desarrollo del latín en Hispania: los ejemplos de Varrón y Columela", *Hispania romana* (Colloquio italo-spagnolo, Roma, 15-16 maggio 1972), Roma, 1974, las p. 98 ss.

dare por el testimonio de Paulo el Diácono; el vocalismo se encuentra en port. cast. ant. *çarrar*, provenzal antiguo *sarrar*)[52].

También en los autores imperiales nacidos en Hispania aparecen atisbos del romance peninsular, aunque por razones obvias sería vano buscar provincianismos en escritores tan refinados como Lucano, Quintiliano o Marcial. Pero Séneca, un estilista de nervio y por tanto más libre en su léxico, no vacila en hacer uso de *aptare* 'atar' (18 veces en la prosa), *mancipium* (*mancipius* en la teja de Villafranca de los Barros) 'mancebo', *pandus* (*repandus* y *pandare* en Quintiliano) 'curvo', *prauus* 'bravo' y *subitaneus* 'supitaño'[53]; y un autor de tema más localista como Columela (a él se debe la primera mención del *uinum Caeretanum*, el vino de Jerez[54]), además de *eruncare, fartura* y *fartus, labrum, mancipium, materies, subitaneus* y *trapetum* emplea *bifera* 'breva', *brisa* ('orujo') 'brisa', *(mala) Matiana* 'manzana', *uolturnus* (el viento euro o levante) 'bochorno'[55].

Lo asombroso es que estas rarezas provincianas tardaron muchos siglos en volver a aparecer. Los textos del s. IV y del s. V d.C. apenas revelan el origen de su autor por el uso del vocabulario: la *Peregrinatio Egeriae* carece de hispanismos concluyentes, y lo mismo cabe decir de Orosio; sólo en oscuros tratados geográficos surge un *paramus*, atestiguado antes epigráficamente. Un arcaísmo tan notable como *coua* salió a la luz en el s. IX y sólo porque en una *coua dominica* libró Pelayo, según la tradición, la batalla victoriosa contra el Islam. Mientras, ésta y otras palabras vivieron sumergidas, en estado latente, hasta que el paso del tiempo borró su impronta aldeana y nuevos actores despreocupados por la norma cobraron inusitado protagonismo en la historia de la Península Ibérica.

6. La Lingüística encuadrada en una ciencia total

En 1969 Tovar lanzó ante el V Congreso Internacional de Estudios Clásicos una proclama esperanzadora: "No tenemos que temer a la Lingüística moderna". La consigna tenía mayor mérito habida cuenta de que el horizonte de la Filología tradicional comenzaba a cuajarse de nubarrones por culpa precisamente de la Lingüística: como que por primera vez en la historia, una Gramática, la transformacional, se desinteresaba de poder contar

[52] "Altlatein und Romanisch: *sarrare*, nich *sardare*", *Glotta*, XLVI (1968) 267 ss.

[53] *Cf.* "Séneca y el latín de España *(aptare, subitaneus, mancipium, prauus)*", *Serta Romanica. Festschrift für Gerhard Rohlfs zum 75. Geburtstag*, Tübigen, 1968.

[54] "Columela y el vino de Jerez", *Homenaje al Profesor Carriazo*, Sevilla, 1973, III, p. 399 ss.

[55] *Cf.* "Implantación y desarrollo", p. 102 ss.

con un *corpus* preexistente de textos[56]. Pero Tovar, hombre libre de miedos gremiales, distó mucho de sentir aprensión ante las abstrusas fórmulas de los transformacionalistas, quizá porque él, a pesar de la viveza de su genio –como niño grande que fue se enfurruñaba en ocasiones–, era en el fondo el hombre menos dogmático del mundo. La Lingüística lo apasionó en cuanto ciencia humana, en la medida en que le permitía conocer la evolución de los pueblos, sus angustias, su agonía, su muerte o su supervivencia. Y esta ciencia humana, en definitiva, tenía también –¡cómo no!– su innegable vertiente política: teñido de política estaba su interés por desacralizar el vasco, empañado de nubes legendarias, o por estimular el estudio de las lenguas amerindias, monopolizado casi por la abrumadora potencia del Norte anglosajón. Como las grandes figuras que conoció (Menéndez Pidal, von Wartburg), Tovar gustó de hacer ciencia total, tratando de conjugar en un todo armónico los datos de la Historia, la Literatura, la Lingüística y las disciplinas que entonces se llamaban auxiliares y que ahora se han puesto nombres más sonoros y eufemísticos: como dijo una vez refiriéndose al latín vulgar, la Filología clásica, la Romanística, la Celtología, la Lingüística comparada y la Epigrafía encaraban sólo aspectos de un mismo complejo e indivisible rompecabezas cuyas piezas había que volver a unir[57]. Ahora bien, hacer historia total es buscar siempre un compromiso entre las posturas de las diversas ciencias, lejos de criterios apriorísticos que, atractivos en un primer momento, pueden resultar esterilizadores a la larga. La teoría, aunque cómoda, útil y necesaria, no atrajo a Tovar por su rigorismo y su cerrada normativa de leyes y códigos simplificadores. Por un lado va la rígida teoría y por otro la desconcertante realidad, dijo en cierta ocasión, advirtiendo contra el peligro de sustituir los esquemas por la realidad o de confundir los esquemas con la realidad[58]; allá van leyes do quieren lingüistas, podríamos decir nosotros remedando el viejo refrán. Pero Tovar nunca quiso perder la dimensión humana y, por tanto, histórica, del lenguaje, y en consecuencia prefirió estudiarlo en su proceso evolutivo ("Die Sprache in der Zeit", se llamó precisamente su Antrittsvorlesung en Tübingen en 1968[59]) antes que considerarlo en una pura abstracción teórica. "Profundamente interesado en el Logos, en la palabra, siempre busco detrás de la lengua a los hombres que la forjaron en el curso de la historia. Ello corresponde a mi formación. Por el contrario, me siento menos cómodo en

[56] "Interpretación y lingüística en el latín", *Euphrosyne,* N.S. V (1972) 403 ss.

[57] "Das Vulgärlatein in der Provinzen", p. 340.

[58] "A Research Report", p. 134.

[59] Fue publicada en *Deutsche Vierteljahrschrift für Literaturwissenschaft und Geistesgeschichte,* XLIII (1969) 1 ss.

la Lingüística teórica y especulativa, como ahora es la moda"[60], confesó él mismo. Justamente por eso es gratificante su ejemplo y su doctrina, y más en la época que corre, tan dada a números, estadísticas y fórmulas matemáticas; y aún más por cuanto Tovar no desdeñó servirse de estos medios siempre y cuando sirvieran para trazar la historia de la lengua y sus hablantes: que bien que nos brindó tantos por ciento al utilizar la Glotocronología de Swadesh. En esta superación de las disciplinas particulares para acariciar el ensueño de la totalidad estriba, según creo, una de las mayores enseñanzas que nos ha legado con su propia vida y su fecundo magisterio Antonio Tovar. Vayamos, con él, en pos de la utopía de la síntesis.

[60] Discurso de entrada en la Academia de Heidelberg (*Jahrbuch der Heidelberger Akademie der Wissenschaften,* 1975, p. 48).